

quien era yo : corrió la voz , y por la tarde ví mucha gente pararse en la plaza y mirar á las ventanas. Uno (ignoro quien era) pareció conocerme y me saludó , alzando ambos brazos. ; Ah ! dónde estaban , pues , los hijos de Porro , los hijos míos ! ¿ Porqué no los ví ?

XCVI.

El comisario me llevó á la policía para presentarme al director. ; Qué sensacion al volver á ver esta casa , mi primera cárcel ! Cuántos tormentos vinieron en tropel á mi imaginacion . ; Ah ! me acordé con ternura de tí , o Melchor Gioja , y de los pasos precipitados que te veia dar arriba y abajo entre esas estrechas paredes , y de las horas que estabas inmóvil en la mesa , escribiendo tan nobles pensamientos , y de las señas que me hacias con el pañuelo , y de la tristeza con que me mirabas , cuando te fue prohibido hacérmelas ! ; Y pensé en tu tumba , tal vez ignorada del mayor número de los que te amaron , como lo habias sido por mí ! ; é imploré paz á tu espíritu ! Acordéme tambien del mudito , de la patética voz de Magdalena , de mis palpitations de compasion por ella , de mis vecinos los ladrones , del supuesto Luis XVII , del pobre

reo que se dejó coger la esquila , y creí haberle oido gritar cuando le dieron de palos.

Todas estas y otras memorias me oprimian como un sueño congojoso , pero mucho mas todavía la de las dos visitas que allí me hizo mi pobre padre , diez años antes ; Cómo el buen anciano se alucinaba esperando que muy luego podia ir á juntarme con él en Turin ! ; Hubiera él soportado la idea de diez años de encarcelacion á un hijo , y de tal encarcelacion ? Mas cuando se desvanecieron sus ilusiones , ¿ habrá tenido él , habrá tenido mi madre fuerzas para resistir á tan traspasado dolor ? ; Érame dado aun volverlos á ver á entrambos ? ¿ ó quizá á uno solo de los dos ? ¿ y cuál ? ; O duda anhelosa y siempre renaciente ! Estaba , como quien dice , á las puertas de casa , y no sabia aun si los padres vivian , si existia siquiera uno de mi familia.

El director de policía me acogió con afabilidad , y permitió que me quedase en la *Bella Venecia* con el comisario imperial , en vez de hacerme custodiar en otra parte. No se me concedió con todo mostrarme á nadie , y por lo mismo me determiné á partir en la mañana siguiente. Obtuve solamente ver al Consul piemontés para preguntarle por mi familia. Hubiera ido á su casa , mas como tenia calentura y debia guardar cama , le mandé á decir tuviese la bondad de venir á verme. En efecto no se hizo aguardar , lo que le agradecí infinito. Dióme

buenas nuevas de mi padre y de mi hermano primogénito, en cuanto á mi madre, al otro hermano y á las dos hermanas permanecí en cruel incertidumbre. Tranquilizado en parte, mas no bastante, hubiera querido para consolar mi alma prolongar mucho la conversacion con el consul, el cual á la verdad no fue escaso de política, mas tuvo que dejarme. Quedado solo, hubiera necesitado de lágrimas, y no las tenia. ¿Porqué, pues, unas veces me hace el dolor prorumpir en llanto, y otras que son las mas, cuando á mi ver el llorar me seria tan dulce consuelo, le invoco inútilmente? Esta imposibilidad de desahogar mi afliccion acrecentaba la fiebre, y la cabeza me dolia sobremanera.

Pedí de beber á Stundberger: este buen hombre era un sargento de la policía de Viena que hacia funciones de ayuda de cámara del comisario. No era viejo, pero dióse el caso que me dió de beber con mano trémula, y este temblor me recordó Schiller, mi amado Schiller, cuando el primer dia de mi llegada á Espielberga le pedí con imperioso orgullo el cántaro de agua, y me lo trajo.

¡Cosa extraordinaria! Tal recuerdo junto con los demas rompió mi corazon de pedernal, y las lágrimas corrieron en torrentes.

XCVII.

El dia 1º de setiembre por la mañana abracé á mi excelente comisario, y partió. Solo nos conociamos hacia un mes, y me parecia un amigo de muchos años. El alma suya llena de sentimiento de lo bello y honrado no era investigadora ni artificiosa, no porque carecia de talento para ello, sino por ese amor de noble simplicidad que reside en los hombres rectos.

Un individuo, durante el viage, en un sitio en que habiamos hecho parada, me dijo calladamente: — Guardaos vos de ese *angel custodio*; si no fuese de las tinieblas, no os le hubieran dado.

— Pues estais vos equivocado, le dije, tengo la mas íntima persuasion de que vos os engañais.

— Los mas astutos, repuso él, son aquellos que aparentan ser mas simples.

— Si asi fuese, nunca se podria creer en la virtud de nadie.

— Hay ciertos puestos sociales en que se puede tener mucha culta educacion por los modales, pero no virtud, no virtud, no virtud.

No pude responderle otra cosa sino que: — Ponderacion, señor mio, ponderacion.

— Yo soy consecuente, insistió él.

Fuimos interrumpidos. Y me acordé del *cave á consequentiariis* de Leibnizio.

Hartas veces sucede que la mayor parte de los hombres raciocina con esta falsa y terrible lógica: yo sigo la bandera A que estoy seguro es la de la justicia; ese sigue la bandera B que estoy seguro es la de la injusticia: luego es un malvado.

¡Ah! no, o lógicos furibundos! de cualquiera bandera que seáis, ¡no raciocinad tan inhumanamente! Pensad que partiendo de un dato cualquiera desventajoso (¿y dónde hay una sociedad ó un individuo que no posea tales?) y procediendo con rabioso rigor de consecuencia en consecuencia es fácil á quien se sea llegar á esta conclusion: « excepto nosotros cuatro, todos los mortales merecen ser tostados vivos. » Y si se hace mas sagaz escrutinio, cada uno de los cuatro dirá: « todos los mortales merecen ser tostados vivos, excepto yo. » Este vulgar rigorismo es sumamente antifilosófico, pues una desconfianza moderada puede ser cordura; una desconfianza llevada al extremo, jamas.

Despues del aviso que me habia sido dado sobre este *ángel custodio* puse mas atencion que antes en estudiarle y cada dia me convencí mas de su inocente y generosa índole.

Cuando hay un órden de sociedad establecido, mucho ó poco bueno que sea, todos los puestos sociales que no son reconocidos infames por unive r

la conciencia, todos los puestos sociales que prometen cooperar noblemente al bien público, y cuyas promesas son creidas por gran número de gente, todos los puestos sociales en los que es absurdo negar que haya habido hombres honrados, pueden siempre ser ocupados por tales hombres.

He leído en cierta parte que un cuáker miraba con horror á los soldados; vió una vez á un soldado arrojarle en el Támesis, y salvar á un infeliz que se anegaba, y dijo: « seré siempre cuáker, mas tambien los soldados son buenas criaturas. »

XCVIII.

Stundberger me acompañó hasta al coche en que subí con el oficial de gendarmería al que habia estado confiado. Llovía y corria un aire frio.

— Embozaos bien en la capa, me decia Stundberger, cubraos bien la cabeza, procurad no llegar malo á vuestra casa; no se necesita mucho para que vos os resfrieis; cuánto siento no poder prestaros mis servicios hasta Turin! Y todo esto me lo decia cordialmente y con voz alterada.

— Desde ahora en lo sucesivo, ya no tendreis vos tal vez ningun Alemán al lado suyo, añadió él, quizá no oireis ya nunca hablar esta lengua que los

Italianos encuentran tan dura, y poco os importará probablemente, pues entre los Alemanes habeis tenido vos tanto que sufrir que no tendreis grandes ganas de acordaros de nosotros; y sin embargo yo cuyo nombre tendreis vos pronto olvidado, yo, señor, rogaré siempre por vos.

— Y yo por tí, le dije, tocándole por la postrera vez la mano.!

El pobre hombre gritó aun: *Guten morgen! gute reise! leben sie wohl!* (¡buenos días! ¡buen viage! ¡pasadlo bien!) Fueron las últimas palabras alemanas que oí pronunciar, y me sonaron agradablemente al oido como si hubiesen sido de mi lengua.

Amo apasionadamente mi patria, mas no odio á ninguna otra nacion. La civilizacion, la riqueza, el poderío, la gloria, varían en las diversas naciones, pero en todas hay almas obedientes á la grande vocacion del hombre, á saber, al amor, á la compasion y á la filantropía.

El oficial que me acompañaba, me contó haber sido uno de los que preindieron al infelicísimo Confalonieri. Me enteró de cómo este habia intentado escaparse, de cómo habia faltado el lance, de cómo habia sido necesario arrancarle de los brazos de su esposa, y de cómo ambos consortes se enternecieron y sobrellevaron con dignidad esta desgracia.

Me daba calentura de oir esta triste historia, y

una mano de hierro parecia comprimirme el corazon.

El narrador, hombre bonazo, y parlero en el trato confidencial, no notaba que, aunque yo no tenia nada contra él, no podia menos de horrorizarme, mirando esas manos que habian agarrado á mi amigo.

En Bufalora él se desayunó, y yo como estaba demasiado angustiado, no tomé nada. Una vez, en años ya lejanos cuando recorria la campiña de Arluno con los hijos del conde Porro, venia algunas veces á pasearme en Bufalora por las márgenes del Ticino. Me alegré de ver concluido el famoso puente, cuyos materiales habia visto esparcidos en la orilla lombarda, siendo opinion general en aquel entonces que tal trabajo no se haria nunca. Me alegré de volver á pasar aquel rio, y de tocar otra vez la tierra piamontesa, pues aunque amo á todas las naciones, ¡Dios sabe cuánto para mí es predilecta Italia! y aunque estoy tan prendado por ella, ¡Dios sabe cuánto mas dulce que cualquier otro nombre de pais itálico es para mí el del Piamonte, pais de mis padres!

XCIX.

Frente por frente de Bufalora está San Martin. Allí el oficial lombardo habló con los carabineros

piamonteses, en seguida me saludó, y traspasó el puente.

— Vamos á Novara, dije al carruagero.

— Sirvaos vos aguardar un momento, dijo un carabinero.

Ví que todavía no estaba suelto, y me afligí, temiendo se retardase mi llegada á la casa paterna. Pasado mas de un cuarto de hora se presentó un caballero que me pidió permiso de venir á Novara conmigo.—Habia perdido otra ocasion, ahora no habia mas carruage que el mio, era muy dichoso que yo le concediese aprovecharse de él, etc. etc. Este carabinero disfrazado era de jovial humor, y me tuvo buena compañía hasta Novara. Llegados á esta poblacion, aparentando querer que nos apeasemos en una posada, hizo andar el coche hasta el cuartel de los carabineros en donde me fue dicho habia una cama para mí en el cuarto de un oficial, y debia esperar órdenes superiores. Pensaba poder partir al dia siguiente, me acosté, y despues de haber chachareado un rato con el huésped oficial, me adormecí profundamente; hacia mucho tiempo no habia dormido tan bien. Despertéme hácia la madrugada, levantéme presto, y las primeras horas me parecieron largas. Almorcé, charlé, me pasé por el cuarto y la azotea, di una ojeada á los libros del huésped; por último me se anuncia una visita. Un oficial muy político viene á darme nuevas de mi pa-

dre, y á decirme que tenia en Novara una carta suya, la cual me seria traída en breve. Fuile muy reconocido á esta amable atencion. Pasáronse algunas horas que me parecieron sempiternas, y la carta al fin llegó.

¡O qué alegría en volver á ver estas amadas letras! ¡qué regocijo en saber que mi madre, mi excelente madre vivia! ¡y vivian mis dos hermanos, y hermana mayor! ¡Ay! ¡la menor, Mariquita, hecha monja de la Visitacion, y de la cual habia recibido clandestinamente noticia en la cárcel, habia cesado de vivir nueve meses antes! Me es dulce pensar que soy deudor de mi libertad á todos aquellos que me amaban é intercedian incesantemente á Dios por mí, y en particular á una hermana que murió con indicios de suma piedad. ¡Dios la recompense de todas las angustias que sufrió su corazon á causa de mis infortunios!

Los dias se pasaban, y la licencia de partir de Novara no llegaba. En la mañana del 16 de setiembre este permiso al fin fue dado, y toda tutela de carabineros cesó. ¡O cuántos años hacia que no me habia sucedido ir adonde se me antojase sin acompañamiento de guardias!

Cobré algun dinero, recibí los cumplidos de personas conocidas de mi padre, y partí á eso de las tres de la tarde. Tenia por compañeros de viaje una dama, un comerciante, un escultor, y dos jó-

venes pintores, uno de ellos sordo y mudo, los cuales venian de Roma, y tuve el gusto de saber que conocian á la familia de Maroncelli. ¡Tan suave cosa es poder hablar de aquellos que amamos con alguno que no nos es indiferente!

Pernoctamos en Vercelli. El feliz dia 17 de setiembre amaneció. Continuóse el viaje. ¡O cómo los carruages van despacio! no se llegó á Turin sino por la noche.

¡Quién jamas, quién jamas podrá describir el consuelo de mi corazon y el de los corazones que me eran entrañables, cuando volví á ver, y á abrazar á mi padre, madre y hermanos?... Faltaba mi cara hermana Josefá por retenerla su obligacion en Chieri, mas sabiendo mi felicidad, se apresuró á venir por algunos dias en el seno de la familia. Restituido yo á estos cinco objetos de mi mas tierno afecto, era y soy el mas envidiable de los mortales.

¡ Ah! por las pasadas desgracias y contentamiento presente, como tambien por todo el bien y el mal que me serán reservados, sea bendita la Providencia, de la cual los hombres y las cosas, que quieran ó no quieran, son admirables instrumentos que ella sabe emplear á fines dignos de sí.



P
D